

Sobre plagas de langostas

Louis de Chénier, cónsul francés en el Sultanato de Marruecos (1767-1782) escribió que en Rabat, en el año 1779, vio *“numerosos campesinos que habían muerto de hambre. Los padres vendían a sus hijos y los maridos a sus mujeres, y los niños iban detrás de los camellos para ver si en sus excrementos aparecía algún grano de avena que no hubiera sido digerido y pudieran ellos comérselo”*.

Casi un siglo después, en 1867, el sacerdote Bellarmin-Vincent Burzet, miembro de la Asociación Científica de Argelia, escribía que *“los indígenas de la región llegaban de todos los rincones, casi desnudos, a los centros donde había europeos. Eran sombras de ellos mismos, pues no eran ni hombres ni mujeres ni niños, sino solamente esqueletos. Las madres veían cómo sus hijos morían en sus brazos y la gente se enfrentaba entre sí por conseguir las raíces de los árboles de palma. O luchaban con los perros para recoger los huesos y las basuras que se tiraban desde las casas. No era extraño encontrar cuerpos comidos por las hienas y los chacales, ni tampoco encontrarse con casos de canibalismo”*.

El naturalista irlandés William Bowles fue testigo de la plaga de langostas que desoló varias provincias españolas entre los años 1754 y 1757: *“Vi caer una legión de Langostas cerca de Alama, y comerse hasta las camisas de lienzo y pañales de lana que las pobres aldeanas habían puesto á enxugar sobre la hierba de un prado. El cura del lugar, que era un hombre muy de bien, que me hospedó en su casa, me aseguró que un destacamento de dicha legión entró en la Iglesia, se comió los vestidos de seda que cubrían las Imágenes, y royó hasta el barniz de los Altares”*.

Se ha demostrado que las langostas pueden permanecer en el aire durante largos periodos de tiempo, volando de forma continuada durante 17 horas seguidas. Cruzan regularmente el mar Rojo, lo que supone volar sin descanso una distancia de 300 kilómetros. Se ha comprobado incluso que existen langostas que han volado desde África Occidental hasta América, como a mediados de octubre del año 1988, cuando un enorme enjambre de langosta del desierto, *Schistocerca gregaria*, cruzó el océano Atlántico y se repartió por las Antillas, Guyana y norte de Brasil. Un viaje impresionante de más de 4.000 kilómetros realizado en menos de cuatro días.

Lo más curioso es que las langostas pierden la capacidad de volar cuando se esconde el sol y baja la temperatura. En ese momento caen al suelo. Y en este caso, al mar, donde se ahogan. Pero un enjambre está formado por miles de millones de individuos, aún billones, de manera que los primeros en caer al agua se ahogan, pero flotan, mientras que el resto del enjambre se posa sobre los cadáveres a la espera que salga el sol, aumente la temperatura y puedan reiniciar el vuelo.